

CAPÍTULO XIV.

El gran manufacturero.

El tiempo andaba acompasado y medido en Cokeville, ni más ni menos que una de las máquinas de la ciudad; tantos materiales en bruto almacenados, tanto combustible consumido, tanta fuerza empleada, tanto dinero ganado. Pero menos inexorable que el hierro, el acero ó el cobre, traía sus estaciones variadas hasta en aquel desierto de humo y carbón de piedra, lo cual era la única oposición que jamás se había osado hacer en aquella ciudad de uniformidad odiosa.

—Luísa será muy pronto una muchacha casadera,—dijo M. Gradgrind.

El tiempo, gracias á una máquina que posee de fuerza no sé cuántos caballos, proseguía su tarea, sin prestar la menor atención á lo que decía éste ó el otro; y en el momento en que hablamos había construído al joven Tomás, que tenía un pié más alto que en la época en que Mr. Gradgrind se había dignado reparar en este producto.

—Tomás será muy en breve un joven en toda la extensión de la palabra,—dijo Mr. Gradgrind.

El tiempo continuó perfeccionando á Tomás en su fábrica inmensa, y he aquí al joven Tomás convertido en un hombre hecho y derecho.

—Verdaderamente (dijo Mr. Grandgrind), ha llegado el momento de que Tomás entre en casa de Mr. Bounderby.

El tiempo, encargándose de Tomás, lo pasó al escritorio de Bounderby, lo instaló en la casa de Bounderby, le obligó á hacer uso por primera vez de una navaja de afeitar, y le ocupó en una multitud de cálculos concernientes á su propio individuo.

El tiempo, ese gran manufacturero, que tiene siempre entre manos una inmensa tarea más menos en disposición de que la abandone al consumo general, elaboró á Ceci en su fábrica, y á fe mía que hizo de ella un artículo excelente.

—Me parece, Jupe (dijo Mr. Gradgrind), que es inútil que continúes yendo á la escuela; al menos me lo temo mucho.

—Yo también me lo temo, señor,—respondió Ceci, haciendo una reverencia.

—No te ocultaré, Jupe (añadió Gradgrind frunciendo el entrecejo), que el resultado de esta prueba ha defraudado mis esperanzas, las ha defraudado completamente. Estás muy lejos de haber adquirido bajo el poder de Mr. Mac-Choac-

kumchild la suma de conocimientos exactos con que yo contaba. Has adelantado muy poco en los hechos. Tus ideas acerca de la aritmética son muy limitadas. Estás muy atrasada; mucho más de lo que hubiera creído.

—Lo siento mucho, señor (replicó la joven); pero sé que todo es verdad. Y sin embargo, he puesto de mi parte cuanto podía.

—Sí (dijo Mr. Gradgrind); sí, creo que no ha sido por falta de voluntad; te he observado, y en cuanto á eso, no tengo por qué quejarme.

—Gracias, señor; algunas veces me había ocurrido.... (Ceci se había hecho muy tímida), que he procurado aprender muchas cosas, y que si hubiera procurado aprender algunas menos, quizá podría....

—No, Jupe, no (dijo Mr. Gradgrind moviendo la cabeza con su aire más grave y más eminentemente práctico). No; el método que V. ha seguido está indicado en un sistema, y el sistema es inmejorable. Me veo, pues, en el caso de suponer que las circunstancias de la educación que V. había recibido han sido desfavorables al desarrollo de su razón, y que hemos empezado muy tarde. Sea como quiera, según decía hace un instante, he visto defraudadas mis esperanzas.

—Señor, quisiera que estuviese en mi mano recompensar más dignamente los beneficios que V. ha dispensado á una niña abandonada, y que

no tenía ningún derecho á tan generosa protección.

—No llore V. (dijo Mr. Gradgrind): no llore V. Yo no me quejo. V. es una joven muy buena, afectuosa, modesta, y.... y será necesario que nos contentemos con eso.

—Gracias, señor; muchas gracias,—dijo Ceci, haciendo una reverencia en señal de gratitud.

—V. es muy útil á mi mujer, y, en general, presta una infinidad de servicios á mi familia; eso me lo dice á cada instante la señorita Luísa, y yo también lo había observado. Espero, pues, que hará V. lo posible para ser dichosa en estas nuevas relaciones.

—Nada tendría que desear, si....

—Comprendo (dijo Mr. Gradgrind); alude V. otra vez á su padre. He sabido por la señorita Luísa que guarda V. todavía aquella famosa botella. Pues bien.... Si los estudios que ha hecho V. para llegar á resultados exactos le hubiesen aprovechado más, hoy sabría á qué atenerse respecto á eso. No diré una palabra más sobre esta cuestión.

En el fondo, Mr. Gradgrind quería demasiado á Cecilia para dejar de hacer caso, pues de otro modo estimaba en tan poco las disposiciones aritméticas de su protegida, que no hubiera dejado de despreciar su inteligencia. De todas maneras, se le había metido en la cabeza que había

en aquella niña alguna cosa imposible de avenir con sus cuadernos y sus tablas de numeración. Su capacidad para la definición hubiera podido valuarle en una cifra muy baja; sus conocimientos matemáticos podían reducirse á cero; sin embargo, Mr. Gradgrind se preguntó cómo hubiera obrado para dividirla en categorías, en el caso de verse precisado á hacerla figurar en las columnas de un informe oficial para la estadística.

Llegando á cierto punto en su manufactura del tisú humano, el tiempo emplea muy rápidos procedimientos. El joven Tomás y Ceci habían llegado á aquel punto de su fabricación; estos cambios se habían verificado en uno ó dos años, mientras que el mismo Gradgrind parecía permanecer estacionario y no sufrir ninguna alteración.

Sin embargo, había que exceptuar una, que nada tenía que hacer con su progreso al través de la trama del tiempo. Este fabricante se había lanzado en la pequeña máquina bastante ruidosa y bastante sucia de un colega, para hacerle elegir diputado en el Parlamento por el distrito de Cokeville: para convertirlo en uno de esos miembros respetables afectos á las cuentas por ochavos, maravedises y céntimos; un representante de la tabla de multiplicación; uno de esos honorables *gentlemen* que son mudos; uno de

esos gentlemen que son ciegos; uno de esos honorables gentlemen que son cojos; uno de esos honorables gentlemen que se hacen el muerto cuando se trata de otra cosa que no sea contar y medir, afortunadamente para nosotros. Sin esto, ¿valdría la pena de haber venido al mundo en tierra cristiana más de mil ochocientos y pico de años después que nuestro divino Maestro?

Durante este tiempo, Luisa adelantaba también por su parte, siempre tranquila y reservada, siempre tan constante en mirar á la hora del crepúsculo las chispas rojas que brotaban de la lumbre y se extinguían en el hogar, y apenas había llamado la atención de su padre desde la época en que éste le dijo que ya parecía una mujer. Gradgrind creía que esta época era ayer, cuando un día, en que menos lo esperaba, observó que ya no lo parecía, sino que realmente lo era.

—Sí, no hay duda; es ya una mujer (dijo Mr. Gradgrind con tono pensativo). ¡Lo que es la vida humana!

Poco después de este descubrimiento, Gradgrind estuvo más pensativo que de costumbre durante varios días, y parecía muy preocupado con algún proyecto. Cierta noche, en el momento en que iba á salir, y en ocasión de darle Luisa un beso, porque volvería muy tarde y ya no contaba con verle hasta el día siguiente, la co-

gió en sus brazos, y mirándola con la expresión más cariñosa, la dijo :

—Mi querida Luísa; ya eres una mujer.

—Es verdad, papá.

Luísa contestó con la misma mirada rápida y recelosa que le dirigió el día en que fué sorprendida en el circo; después bajó los ojos.

—Hija mía (dijo Mr. Gradgrind); quisiera hablarte muy formalmente, y en particular. ¿Quieres ir á mi gabinete mañana temprano, después de almorzar?

—Bien, papá.

—Tienes las manos algo frías, Luísa. ¿No estás buena?

—Muy buena, papá.

—¿Y contenta?

Luísa volvió á mirarle, y respondió con la sonrisa que le era peculiar:

—Tan contenta como de costumbre; tan contenta como no lo he estado nunca.

—Me alegre,—dijo Mr. Gradgrind.

En seguida le dió un beso, y salió. Luísa volvió á aquella estancia informe, que se hubiera tomado por una peluquería, y con el codo apoyado en la mano izquierda, se puso á mirar las chispas efímeras, que se transformaban en cenizas con tanta rapidez.

—¿Estás ahí, Luísa?—preguntó su hermano, apareciendo en la puerta.

Tomás se había convertido en un joven de mundo, y, francamente, su traza no era la más propia de un hombre seductor.

—Querido Tomás (le dijo Luísa, levantándose y abrazándole). ¡Cuánto tiempo has estado sin venir á verme!

—Es que tengo ocupadas todas las noches, Luísa, y durante el día no hay que pensar en que Bounderby me conceda dos minutos de libertad. Afortunadamente tú me sirves para hacerle escuchar la razón cuando se desmanda; de este modo conseguimos no traspasar los límites. Dime, Luísa: ¿te ha hablado papá ayer ú hoy?

—No; pero me ha dicho que deseaba hablarme mañana.

—Bueno: sin duda será de lo que yo he pensado. ¿Sabes adónde ha ido esta noche?

Tomás parecía interesarse mucho en esta pregunta.

—No.

—Entonces, voy á decírtelo. Está con el viejo Bounderby. Tienen en el escritorio una verdadera conferencia en toda regla. ¿Y con qué objeto en el escritorio?, me preguntarás. Vas á saberlo: según creo, para que no pueda oírlos la señora Sparsit.

Apoyándose en el hombro de su hermano, Luísa continuó mirando el fuego. Tomás consultó el semblante de su hermana con mucho

más interés que de costumbre, y pasándole el brazo alrededor de la cintura, se acercó más á ella cariñosamente.

—¿Me quieres mucho, no es verdad, Luísa?

—Sí, mucho, aunque estás tanto tiempo sin venir á verme.

—Pues bien, hermana de mi vida; en eso precisamente estaba pensando. Podríamos vernos con mucha más frecuencia, ¿no es verdad? Sería una ventura para mí, si pudieras decidirte á lo que yo sé. ¡Oh!: una ventura inestimable.

El aire pensativo de Luísa desorientó completamente á Tomás en su examen. Nada le revelaba aquel semblante impasible. La estrechó contra su corazón y la besó en la mejilla: ella le devolvió el beso, pero sin dejar de mirar á la chimenea.

—Oye, Luísa: creí que al pasar por casa debía decirte algo acerca del complot que se imagina, aunque supuse que ya lo habrías adivinado, sin necesidad de que papá te hubiese instruído de ello. Ahora tengo que irme, porque he citado á algunos amigos para esta noche. No olvidarás nunca que me quieres mucho.

—No, querido Tomás; no lo olvidaré.

—Eres una muchacha excelente. Adiós, Luísa.

Su hermana se despidió de él afectuosamente, y le acompañó hasta el camino en que se veían las luces de Cokeville, que enrojecían el

horizonte lejano. Luísa permaneció inmóvil, con los ojos fijos en aquellos vagos resplandores, y escuchando el ruido de los pasos de Tomás, que se alejaba. Tomás corría, como si estuviese impaciente por alejarse de Pierre-Loge. Ya estaba lejos y no se oían sus pasos; pero Luísa permanecía de pié en el mismo lugar. Parecía que procuraba descubrir, primero en el resplandor de su propia chimenea, después en la espesa humareda que despedían las de la ciudad, qué nueva traería el anciano tiempo; el mayor y más antiguo de los tejedores iba aún á tejer con los mismos hilos de que se había servido para formar una mujer. Pero la fábrica de este anciano está oculta, no se sabe dónde. Sus máquinas no hacen ruido, y sus obreros son sordo-mudos.